



EL CLUB

LAUREN ROWE

La entrega

La historia de Sarah y Jonas continúa en la esperada segunda parte de la trilogía El Club

 Planeta

Índice

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24

Acerca de la autora Créditos

Para B., S. y C., por enseñarme a diario lo que es el amor profundo e inextinguible.

[Capítulo 1](#)

[Jonas](#)

Hay dos mujeres en mi sala que no paran de estremecerse y retorcerse, y no lo digo en el mejor sentido de las palabras.

Sarah y Kat están muertas de miedo, aterrorizadas porque alguien allanó sus departamentos y robó sus computadoras (sin duda, fueron los bastardos de El Club), y se preguntan si todo lo que ha ocurrido representa el iceberg completo o apenas la punta. No las culpo por tener miedo.

Ahora que Sarah sabe la verdad sobre El Club —y ellos saben que ella descubrió su secreto—, ¿qué estarán dispuestos a hacer esos malditos para proteger su prostíbulo millonario? No estoy dispuesto a cruzarme de brazos y esperar. Voy a arrasar con esos cabrones.

Admito que en este instante no tengo la más mínima idea de cómo aniquilarlos, pero lo que sea que se me ocurra será definitivo, inequívoco y efectivo. Punto final. O al menos espero que así sea.

¡Mierda!

Para ser franco, no creo poder hacerlo solo, pues definitivamente no estoy acostumbrado a usar capa de superhéroe. Sin embargo, cuando mi hermano llegue y unamos los poderes de los Gemelos Fantásticos, cuando combinemos mi inteligencia superior con las sorprendentes habilidades de Josh e incluyamos en la mezcla al amigo hacker de mi hermano, seremos imparables. Lo sé.

Más vale que lo seamos.

¿Cómo se fue todo al diablo tan rápido? Apenas hace una hora, Sarah y yo estábamos flotando entre nubes mientras regresábamos de nuestro mágico viaje a Belice. Nos deslizábamos por la entrada de su edificio, embriagados el uno del otro, después de haber experimentado todas las formas posibles de éxtasis en los últimos cuatro días. Escalamos cascadas en Belice, nos lanzamos a precipicios oscuros y escalamos el monte Everest una y otra, y otra, y otra vez en nuestro pequeño capullo para dos dentro de la casa del árbol. Descubrimos con abrumadora fuerza y claridad que ambos estamos diseñados el uno para el otro de todas las maneras concebibles.

Al estar con Sarah en Belice, me sentí... (me dan escalofríos de sólo pensarlo), me sentí feliz, auténticamente feliz, por primera vez en toda mi vida, o al menos por primera vez desde que tenía siete años.

Sostener el cuerpo desnudo de Sarah contra el mío toda la noche, acariciar cada centímetro de su piel, mirar sus ojos pardos y hacerle el amor una y otra vez, sentarme a su lado en el balcón de la casa del árbol y sostener su mano

mientras escuchábamos los ruidos de la selva a nuestro alrededor, conversar durante horas de todo y de nada, y reír hasta que me dolía el estómago, dejarme golpear el ego de mil maneras, contarle cosas que nunca le había dicho a nadie —incluso aquellas de las que me avergüenzo—, mirarla embobado comer un estúpido mango... Fuera lo que fuera que hiciéramos, esa mujer me hizo empezar a creer en arcoíris y unicornios y hasta en las mierdas románticas de San Valentín y el ser felices para siempre.

(Debería enviar mi orgullo en un sobre a los estúpidos diseñadores de tarjetas de felicitación con una nota que diga: «Ganaron, cabrones»). Lo que Sarah y yo vivimos en Belice no le pide nada al mismísimo reino de las ideas descrito por Platón.

Pero después, ¡bum!, volvimos a Seattle y toda la mierda explotó. El departamento de Sarah había sido destrozado y le habían robado su computadora. Como era de esperarse, ahora está aterrorizada, mientras yo no hago más que mirarla como un imbécil, con la boca entreabierto, mientras intento descifrar qué haría Superman en mi lugar.

Necesito una estrategia infalible para derrotar a El Club —y juro que encontraré alguna instantes después de que llegue Josh, en serio—, pero ahora estoy demasiado alterado como para pensar con claridad. Si por mí fuera, lo único que haría sería abrazar a Sarah y hacerle el amor con ternura y pasión, mientras le susurró al oído: «Te amo».

Tuve la oportunidad de decirle esas dos pequeñas palabras cuando veníamos hacia acá en la limusina, pero como soy un cobarde dejé pasar la oportunidad. Quería hacerlo, pero íbamos primero a recoger a Kat, y el pulso me retumbaba en los oídos, y quería decírselo y demostrárselo al mismo tiempo. Un par de minutos después, Kat se subió al asiento trasero de la limusina con nosotros, y ambas se abrazaron y empezaron a sollozar, y el momento para decírselo se esfumó.

Bueno, lo acepto: fue mi maldita culpa. Lo sé. Debí haberse lo dicho.

Ahora estamos en mi casa —junto con Kat, por supuesto—, y yo intento disimular mi excitación sexual y dejar de pensar en el trasero de Sarah. No puedo pensar en otra cosa que hacerle el amor mientras le susurro esas dos pequeñas palabras al oído, pero estoy furioso conmigo mismo por no poder concentrarme en lo importante.

Es obvio que lo último en lo que debe de estar pensando Sarah es en sexo, y no la culpa. Está asustada y preocupada y desconcertada, como lo estaría cualquier persona normal en su lugar. Lo que necesita en este instante es un hombre fuerte a su lado que la haga sentir segura y protegida, no un imbécil que se la pase intentando arrimarle su incansable erección. ¡Cielos!

Pero no puedo evitarlo. Ella me prende como nadie, independientemente de las circunstancias, a pesar de que el mundo esté a punto de caerse a pedazos.

Me vuelvo a mirarlas. Se han pasado al sillón y conversan entre ellas. Sarah parece estar al borde de la crisis. Kat le pasa el brazo por encima del hombro para intentar reconfortarla. Ambas se ven exhaustas, sobre todo Sarah, quien pasó el día entero viajando para llegar a casa y encontrar su departamento hecho un caos.

Al ver la angustia en su hermoso rostro mientras habla con Kat, se vuelve aún más evidente que soy un perfecto idiota por pensar lo que estoy pensando. Necesito contenerme y concentrarme en cuidarla. Necesito divorciar mi mente de mi insaciable cuerpo. Necesito aspirar a ser la mejor versión de mí mismo, la forma ideal de Jonas Faraday. Debo visualizar el original divino. Sí: «Visualiza el original divino». Respiro profundamente. «Visualiza el original divino».

—¿Puedo ofrecerles algo, chicas? —pregunto en voz baja—. ¿Quieren algo de comer o de beber?

Sarah niega con la cabeza y abre la boca para contestar.

—¿Tienes tequila? —pregunta Kat.

Sonrío. Sarah me ha contado todo sobre Kat, su mejor amiga.

—No sé qué bebidas tengo en casa —le contesto—. Déjame ver. —Jamás bebo tequila, pero a Josh le encanta. Estoy seguro de que debe haber dejado alguna botella por ahí.

Miro de reojo a Sarah.

Ella me lanza una lánguida sonrisa. A pesar de estar agotada, su mirada es cálida. Esperen. ¿Acaso percibo un destello de otra cosa en esos enormes ojos pardos? ¿Será excitación?

Intento sonreírle, pero estoy demasiado estimulado como para hacerlo bien. Siento que la boca me tiembla, así que desvío la mirada. Desearía que estuviéramos solos ella y yo. Desearía que no nos consumiera toda esta estupidez de El Club.

Desearía que siguiéramos en Belice.

Me dirijo a la cocina en busca de cualquier tipo de alcohol que Josh pudiera haber dejado en alguna de sus múltiples visitas. Bingo. Hay una botella grande de Tequila Gran Patrón en uno de los gabinetes de la esquina. Debí adivinarlo: Josh sólo consume lo mejor.

Busco entre la cristalería los vasos tequileros.

Escucho a Sarah y a Kat murmurarse cosas en la sala. Suenan ansiosas, al borde del llanto. Es obvio que Sarah sólo está asustada y preocupada. El destello cachondo en sus ojos fue producto de mi imaginación que seguramente anhelaba que estuviera ahí. Necesito concentrarme en lo que ella necesita y no en lo que yo quiero, lo que yo siempre quiero. Es lo mínimo que Sarah se merece.

Juro por Dios que toda esta situación es una gigantesca basura. Maldigo el día en el que se me ocurrió inscribirme a El Club. ¿Por qué diablos me acosté con Stacy la Simuladora, o debería decir Stacy la Prostituta? ¡Maldita sea! ¿Por qué demonios obligué a Sarah a dejar su computadora en casa cuando ella quería llevársela a Belice? ¿Por qué no presté atención a la intuición de Sarah?

Desde el primer día, incluso antes de que Stacy acosara a Sarah en el baño de aquel bar deportivo, Sarah dijo: «No puedo evitar sentir que lo que hice tendrá alguna conse-

cuencia». Era como si contactarme en contra de las reglas de El Club fuera una especie de pecado mortal. «No desafiaste a la Iglesia», le contesté, pero yo había malinterpretado la situación por completo. ¿Por qué no me detuve un instante y la escuché con atención? Sarah es muy inteligente, así que debí haberla tomado en serio sin importar lo demás. Si tan sólo la hubiera escuchado, en lugar de sacarme el miembro y actuar como si lo supiera todo, como suelo hacer, quizá nada de esto habría ocurrido. He metido la pata de muchas maneras. Ahora depende de mí que las cosas vuelvan a estar bien.

No encuentro los vasos de tequila. Tendrán que ser vasos de jugo. Busco un limón en el refrigerador. Nada. Sirvo tres vasos de tequila y regreso a la sala con un salero.

Les entrego sus bebidas.

—No tengo limones —digo—. Lo siento.

—Brindemos —dice Kat mientras toma su vaso y el salero—. A tu salud, Jonas. Gracias por la hospitalidad. —Levanta su vaso—. Por cierto, es un gusto conocerte.

Choco mi vaso con el de Kat.

—Es una pena que haya sido en estas circunstancias.

—Bueno, al menos esta vez estoy hablando contigo, en lugar de espiarte desde un gabinete en un bar... —Se queda callada. Hablando de metidas de pata.

Apoyo mi peso en la otra pierna y exhalo. Genial. «Sí, Kat, la noche en la que Sarah y tú me espionaron en el Pine Box me acosté con Stacy la Simuladora, también conocida como Doña Púrpura la Prostituta. Qué amable por recordarme una circunstancia tan desagradable, enfrente de mi novia, cuando estás sentada en mi sofá, bebiendo mi tequila de primera».

Examino la expresión de Sarah en busca de señales de humillación, dolor o vergüenza, pero no encuentro nada de eso, o al menos no me lo parece.

Las mejillas de Kat se vuelven rojo carmesí.

—Perdón —dice entre dientes.

Sarah levanta la mano y la pone sobre el brazo de Kat.

—No pasa nada. —Me lanza una mirada inequívoca—. Nada de eso me importa un bledo. —Se encoge de hombros—.

En serio.

Mi maravillosa Sarah.

Desde el primer día, le pedí que olvidara la larga (larguísima) lista de mujeres con las que me he acostado, así como el contrato anual de compañeras púrpuras que suscribí con El Club, y ella dijo que sí. Jamás ha claudicado, ni lo hará, pues mi Sarah no es como cualquier otra mujer.

Kat le susurra algo al oído. Sarah sonríe y asiente.

No tengo nada en contra de Kat, pero ¿qué hace aquí? Quiero arrancarle la ropa a Sarah y hacerle el amor en este mismo instante sobre mi sofá. Pero he aquí a la impertinente de su amiga, sentada en mi sala, riéndose de mí con los ojos, igual que lo hace el estúpido de mi hermano.

—Hasta el fondo —dice Kat. Lame la pizca de sal que tiene en la mano y bebe el tequila de un solo trago—. Qué bueno está. —Aprieta los labios y exhala.

Sigo su ejemplo. En efecto, el tequila baja como seda. Jamás bebo tequila, pero es mejor de lo que recordaba.

Sarah no bebe su trago, sino que me mira intensamente, como un felino.

Algo en su mirada me hace vibrar. Creo que esa mirada atrayente no la estoy imaginando.

—¿Vas a beber eso o qué? —le dice Kat y le da un golpecito con el dedo en el hombro.

Sin quitarme los ojos de encima, Sarah se echa una pizca de sal en la mano y luego lenta, muy lentamente, la lame con toda la extensión de su lengua. Se lleva el borde del vaso a sus hermosos labios y se bebe el tequila doble con un solo movimiento fluido sin siquiera titubear. Cuando baja la cara, se relame los labios despacio y esboza una sonrisa engréida sin dejar de mirarme.

¡Mierda! Otra vez estoy excitado. Jamás la había visto tomar un trago de esa manera. La forma en que bebió el tequila fue tan sensual —tan sexual— que daría cualquier cosa por ser ese tequila en este instante. O quizá preferiría

ser el borde del vaso. O no, mejor la sal. Sí, definitivamente quisiera ser la sal.

Sarah coloca el vaso vacío sobre la mesa de la sala y se reclina en el respaldo del sofá, con las manos en la nuca. Es un gesto de macho alfa, el tipo de gesto que haría el director de una empresa durante una negociación difícil, pero me prende. No me ha quitado los ojos de encima ni un instante.

Le guiño el ojo.

Ella levanta la comisura de los labios.

Eso cierra el trato. Sarah diría que ya la hicimos.

—¿A qué hora llegaré Josh? —pregunta Kat, siendo impertinente una vez más.

—Probablemente en unas tres horas —contesto mientras miro el reloj—. Su vuelo de Los Ángeles despegó hace poco.

Sarah emite un largo suspiro. Su mirada me penetra como un rayo láser, a pesar de que está hablando con Kat.

—¿Estás cansada, Kat?

Mi cuerpo se electriza. Es imposible que esa expresión en el rostro de Sarah sea producto de mi imaginación.

Kat niega con la cabeza y empieza a contestar, pero Sarah la interrumpe.

—Porque yo estoy muy cansada. —Parece que está lista para devorarme vivo—. Creo que me daré un largo regadizo caliente y me meteré un rato a la cama antes de que llegue Josh.

—Ah, claro —dice Kat—. Se me olvidaba que llevan todo el día viajando. Deben de estar exhaustos.

Sarah se levanta. Su mirada puesta en mí es implacable.

—¿Tienes una habitación extra para Kat?

—Claro. ¿Quieres que te la enseñe, Kat? ¿O prefieres comer algo antes?

Sarah emite un fuerte suspiro y se lleva las manos a las caderas.

¡Demonios! Fue una estupidez ofrecerle algo de comer a Kat. Soy pésimo para esto.

—De hecho sí, tengo... —empieza a decir Kat, pero Sarah la interrumpe.

—¿Por qué no le enseñas a Kat su habitación en este instante y comemos algo más tarde? ¿Te parece bien, amiga? — Sarah se vuelve para mirar a Kat y levanta las cejas enfáticamente.

Kat levanta las cejas también, sorprendida por la intensidad de la mirada de Sarah.

—Sí, claro —dice Kat en voz baja. Después de un instante de mirar a Sarah, se le ilumina el rostro cuando por fin entiende la indirecta y esboza una gran sonrisa—. ¡Oh! — Se pone de pie—. Sí, claro. Yo me entretendré con algo de fruta o galletas, o lo que sea que encuentre en la cocina. Ustedes dos vayan a la recámara y... descansen. —Pronuncia esa última palabra como si fuera la palabra clave de un chiste.

—Si tienes mucha hambre, podría...

—¡Ay, por Dios! —exclama Sarah con un bufido. Está furiosa—. Estoy cubierta de repelente contra mosquitos y olor a avión. —Hay un cierto matiz en su voz—. Quiero darme un largo regaderazo caliente, Jonas Faraday. ¿Me entiendes? Un largo regaderazo... caliente... ¡Ahora!

Kat se ríe.

—No sueles ser así de obtuso, ¿verdad, Jonas?

Siento que me estoy sonrojando.

—Te juro que no lo es. De hecho, es bastante inteligente —dice Sarah mientras pone los ojos en blanco.

—Si tú lo dices.

Me arden las mejillas. Por eso no me gustan las fiestas. Por eso no me gustan los tríos. Por eso odio las multitudes. Por eso sólo sirvo para las interacciones uno a uno. Le lanzo a Sarah una mirada tímida, pero ella no cede. Me está mirando fijamente.

Me aclaro la garganta.

—Acompáñame, Kat. —Tomo su equipaje—. Tengo una recámara perfecta para ti en el otro extremo de la casa. Ahí tendrás mucha privacidad.

—Excelente —dice Sarah, con evidente tono de reproche. Le lanza a su amiga una mirada que la hace reír, y luego se retira de la sala hacia mi habitación mirándome apenas por encima del hombro.

—Ve con ella, Jonas —dice Kat—. Temeré por tu integridad física si la haces esperar más de lo indispensable.

Capítulo 2

Jonas

Estoy parado en el marco de la puerta de la recámara de Kat, intentando con todas mis fuerzas relajar la quijada y evitar que me dé un derrame cerebral. Lo único que quiero es correr hacia donde está Sarah. Mi cuerpo arde de deseo al imaginar lo que puede estar haciendo en este instante en mi habitación, sin mí. Pero, ¡demonios!, no estoy hecho para ser grosero con ninguna mujer, sin importar la situación en la me encuentre. Además, no es culpa de Kat el que tenga que estar aquí. Es mía.

Yo soy el único responsable de este embrollo, no ella.

Ya me aseguré de que Kat tenga toallas limpias en el baño, le he reiterado que está en su casa y que puede tomar lo que desee sin preguntar. De hecho, es mejor que no pregunte. Ya le mostré cómo usar el control remoto de la tele, pues es un poco complicado. Le expliqué cómo acceder como invitada a la computadora de mi oficina para revisar sus correos electrónicos o lo que quiera, pues sé que robaron su computadora igual que la de Sarah. En ese instante, se me ocurre preguntarle a Kat qué modelo era su laptop, y le mando discretamente un mensaje de texto a mi asistente con la instrucción de comprar dos laptops nuevas y enviarlas a mi casa a primera hora del día de mañana.

—¿Necesitas algo más? —pregunto, mientras escucho cómo se intensifican mis latidos.

—Estoy bien. Ya vete. Cada minuto que pasas lejos de Sarah te pone más en riesgo —dice entre risas.

No contesto. Simplemente me doy media vuelta y salgo a toda prisa.

—Y que Dios te bendiga —grita Kat a mis espaldas.

Atravieso la sala de camino hacia mi habitación en el extremo opuesto de la casa, con una creciente erección y con el corazón latiéndome a toda prisa. Voy camino a hacerle el amor a la única mujer a la que he amado. Lo haré despacio y con ternura, y mientras tanto le susurraré al oído: «Te amo, Sarah», una y otra vez. Me deleitaré con su absoluta perfección, con su exquisitez, y cuando se venga (lo cual hace cada vez mejor, debo reconocer), se lo volveré a decir, quizás incluso mientras me vengo al mismo tiempo que ella. Es algo que nunca he experimentado. Es una nueva especie de santo grial para mí.

Varias mujeres me han dicho esas mismas dos palabras, pero yo nunca se las he dicho a ellas. De hecho, durante toda mi vida les he temido y las he evitado como si de ello dependiera mi existencia, en especial porque han arruinado cada una de las relaciones que he tenido, por no mencionar los múltiples romances de más de una noche. ¿Qué mujer está dispuesta a decírselas en voz alta a un hombre que no es capaz de corresponderle? La respuesta es: ninguna. Aunque al principio esté decidida a ser paciente, a ser una especie de Madre Teresa y esperarme, el final es inevitable, si no es que instantáneo, tan pronto deja escapar el primer te amo. Ninguna relación tiene mucho futuro cuando de pronto se hace evidente que sólo una de las dos personas está poniendo en juego su corazón.

Pero ahora me muero por ser yo quien diga esas palabras. Y quiero que Sarah me corresponda. ¿Qué se sentirá intercambiar ese par de palabras sagradas con alguien? O bueno, no con alguien..., sino con Sarah.

No puedo esperar.

Un momento. Me detengo. Un pensamiento me hace meter freno de mano en el pasillo. ¿Y si Sarah no me corresponde?

El estómago me da un vuelco de sólo imaginarlo. ¿Y si...?

No, no puedo pensar así. En Belice nos dijimos lo que sentíamos. «El amor es una enfermedad mental grave», dije yo. Y

luego le dije que ella me enloquece. No se puede ser más claro que eso. Y después fue su turno de hablar. «Me vuelves completa, absoluta e irreversiblemente loca», dijo. «Estoy loca como una cabra».

Por si fuera poco, también le puse la canción de Muse. Nunca antes se la había dedicado a nadie, mucho menos a la mujer a la que amo mientras la hacía sentir un orgasmo por primera vez en su vida. Dios, eso fue épico. Una locura.

Estoy más excitado que nunca.

Y ahora daremos el siguiente paso, juntos. Lo diremos con todas sus letras...

Pero ¿y si ella le teme a las palabras mágicas? ¿Y si no está lista? ¿Y si no está del todo segura...?

No, no, no. No puedo pensar así. Esa voz es de mis demonios. Es la voz de mi «arraigado temor al abandono derivado del trauma infantil», como me lo explicó varias veces mi terapeuta cuando mis tinieblas comenzaron a jugar con mi mente y a susurrarme al oído. Es la parte desquiciada de mí de la que debo protegerme y que debo reprimir y evitar. Sé que Sarah me ama y yo la amo. Lo sé con la misma certeza con la que sé cómo me llamo. No puedo dejar que mi paranoia corra desbocada.

O mi cuerpo, en todo caso. Por Dios, debo controlarme y recordar que está exhausta, vulnerable y alterada en este instante. Acaba de atravesar una situación muy traumática. Debo ser delicado con ella y tomarlo con calma. Debo asegurarme de que se sienta segura y amada, sobre todo amada. Quiero que esto sea memorable y hermoso para ella. Para ambos. Debo hacer las cosas bien. No puedo de repente transformarme en Hulk y abalanzarme sobre ella, sino que debo tratarla con pinzas y hacerla sentir segura y adorada. Idolatrada. Para empezar, le voy a cubrir el rostro de besitos, como ella suele hacerme. Y

cuando lo haga, le diré: «El amor es la alegría de los buenos, la reflexión de los sabios y el asombro de los dioses».

Abro la puerta de mi recámara con las manos temblorosas ante la expectativa.

No la encuentro en la habitación, pero escucho correr el agua de la regadera. Su ropa está esparcida formando una línea en el suelo que me guía directamente hacia el baño. El corazón se me acelera y me retumba en los oídos. ¡Diablos! Cómo me prende esta mujer. Me arranco la ropa y la lanzo hacia cualquier parte mientras camino hacia el baño.

Abro la puerta del baño.

Sarah está en la regadera, dándome la espalda y frotándose con una esponja, mientras el agua caliente desciende por su cuerpo desnudo. La piel del costado está rosada y resbalosa a causa del agua hirviendo, y su oscuro cabello empapado le baja por la espalda. Las burbujas de jabón flotan como copos de nieve que se resbalan por su coxis hasta llegar a sus hermosas y redondeadas nalgas. Me quedo ahí un instante, mirándola, admirando su imponente belleza. Sarah es la femineidad personificada, la forma ideal de mujer que ha sido extraída del reino de las ideas y traída al mundo físico como un regalo para las masas dañadas e imperfectas que nos da esperanza y nos inspira a ser mejores..., bueno, y que me excita como semental.

Y es mía, toda mía. Mía, mía, mía.

Se da media vuelta y me mira. Sonríe.

—Pensé que nunca entenderías la indirecta. ¡Cielos! Llevo todo el día deseando tenerte dentro de mí, grandulón.

Le sonrío sin moverme. Es tan endemoniadamente hermosa que me deleita con sólo mirarla.

Sarah ladea la cabeza y deja que el agua la empape, mientras se frota la esponja sobre los senos.

No dejo de sonreír. Es perfecta. Quiero recordar este momento para siempre. La amo y voy a decírselo.

Coloca la esponja en la repisa y con las manos mojadas se acaricia las caderas y el abdomen. Se relame los labios.

—¿Entonces? ¿Vienes o qué?

Esbozo una sonrisa aún más grande.

—Sólo quiero mirarte así un instante, nena. Quiero recordar este momento.

—Ay, qué tierno —dice con tono sarcástico—. ¿Acaso no sabes que es de mala educación hacer esperar a una

mujer que arde en deseo por ti?

Me meto a la regadera.

—Gracias por la enseñanza de vida. —Tomo su cuerpo mojado entre mis brazos—. Dilo de nuevo. —Me inclino y la beso.

Ella se ríe con su exquisita risa áspera.

—Ardo en deseo por ti —dice y pega sus labios a los míos.

Le acaricio la espalda, las nalgas, las caderas.

—Llevo más de una hora intentando seducirte, Jonas Faraday. A veces puedes ser muy zonzo, ¿sabes?

Le doy un beso delicado y luego le beso todo el rostro, como ella suele hacerme a mí, pero no es igual cuando el agua te golpea la cara. Quiero susurrarle al oído la devoción que tengo por ella, pero la caída de agua me abofetea la cara.

Quiero que se sienta segura y protegida...

Ella me agarra el miembro y comienza a frotarlo con entusiasmo.

—Vamos, Jonas. He estado cachonda todo el día. Cógeme.

¿Cógeme? Definitivamente no estamos en el mismo canal. Pensé que estaría afectada y que necesitaría afecto, ternura y cariño...

—¡Vamos! —repite. El toque de sus manos es mágico. Gimo.

Sarah sube un pie a la repisa de la regadera y me jala hacia ella; luego brinca a mis brazos y me introduce en ella. De inmediato empieza a menearse y resbalarse contra mi piel mojada.

¿Qué demonios? ¿Dónde quedó mi damisela en apuros?

Gira la cabeza hacia atrás en absoluto arrebatado.

—Se siente tan bien —gime, aliviada. Está que arde.

—Yo no me vengo hasta que tú lo hagas.

—Basta de eso —gime—. No digas nada.

Me envuelve con las piernas y se retuerce, se contonea y se menea en mis brazos.